

Juventud y protesta global hoy: por un análisis retrospectivo*

Youth and global protest today: a retrospective analysis

Álvaro Acevedo Tarazona
Gabriel Samacá Alonso

Resumen

El alcance de las recientes movilizaciones que han puesto en jaque regímenes gerontocráticos y la participación de la población juvenil en las protestas a través del recurso intensivo del internet exigen una reflexión inmediata. Sin embargo, los articulistas de los diferentes medios de comunicación olvidan que los jóvenes no surgieron para la vida pública en el último año sino que ello es resultado de procesos de mayor duración que remiten a una etapa que se abrió en la década de los sesenta. El objetivo de este artículo es presentar algunas aristas de la noción de juventud para recordar cómo los años sesenta y setenta fueron las décadas de mayor protagonismo social y político de una generación que terminó desencantada con la utopía. Al final se realiza un breve abordaje sobre el uso de las redes sociales y las nuevas formas de comunicación para la organización de la protesta global so pretexto del análisis de la actual situación de los jóvenes en diferentes lugares del mundo.

Palabras clave: población juvenil, revolución, identidad juvenil, agenciamiento cultural, conflicto.

• Fecha de recepción del artículo: 29-02-2012 • Fecha de aceptación: 09-04-2012

ÁLVARO ACEVEDO TARAZONA. Profesor Universidad Industrial de Santander. Director del Grupo de Investigación Políticas, Sociabilidades y Representaciones Histórico-Educativas. Correo electrónico: tarazona20@gmail.com. **GABRIEL SAMACÁ ALONSO.** Catedrático Universidad Industrial de Santander. Miembro del Grupo de Investigación Políticas, Sociabilidades y Representaciones Histórico-Educativas. Correo electrónico: davidsalon16@gmail.com

* Este trabajo hace parte de un proyecto de investigación titulado "Discurso y Universidad: Los efectos de la revolución cultural planetaria en Colombia 1968-1972", financiado por la Universidad Industrial de Santander y desarrollado entre febrero de 2011 y febrero de 2013.

Abstract

The scope of the recent demonstrations that have jeopardized gerontocratic regimes and the participation of the youth population in the protests through the intensive use of the Internet, require immediate reflection. Nevertheless, the writers forget that young people did not come to public life in the last year but they respond to longer-term processes that refer to a stage that came out in the sixties

The aim of this paper is to analyze some edges of the notion of youth in order to remember how the sixties and the seventies were the decades with the greatest social and political participation of a generation that ended up disappointed with the utopia. It ends with a brief approach on the use of the social networks and the new ways of communication in the organization of global protests in different parts of the world.

Keywords: youth population, revolution, youth identity, cultural agency, conflict.

Introducción

Según la revista *Time*, como en 1968, el personaje del año 2011 fue el "manifestante" o *protester*

(*Time*, 14 de diciembre de 2011). En los diferentes artículos que conformaron ese especial, la publicación coincidió en que los acontecimientos del año pasado alrededor del mundo tenían como protagonista a una generación de jóvenes que reivindicaron mayor igualdad y libertad. En el mismo sentido, en Colombia, la revista *Semana*, en su síntesis sobre el 2011, escogió como parte de su balance mundial una supuesta revolución en la que los jóvenes aparecieron como principales protagonistas de las manifestaciones globales. Entre las razones esgrimidas para comprender las protestas, la revista mencionó brevemente la crisis económica que experimentan varios países occidentales, mientras que en el mundo árabe el agotamiento político y la crisis de legitimidad de los regímenes habrían llevado a esta eclosión de marchas y levantamientos (*Semana*, 19-26 de diciembre de 2011: 100-101). Por su parte, *Le Monde Diplomatique* en su edición 108 de febrero 12 para Colombia presenta un análisis sobre los ciberactivistas y las revueltas árabes, a propósito del desencanto que hoy embarga a los blogueros, pues las luchas partidistas terminaron por suplantar las solidaridades y, al parecer, las redes se convirtieron en un bullicio generalizado, sin descontar que hoy se cuestiona el alcance de los medios de comunicación y de los blogueros para movilizar y organizar el descontento popular y las acciones de hecho contra los poderes establecidos (Laacher y Terzi, 2012: 15).

La actualidad de esta ola de protestas y el papel central de los jóvenes en estas luchas diferentes pero simultáneas obliga a proponer una discusión sobre la noción de juventud, categoría que ha sido estudiada por diferentes autores de las ciencias sociales. Con el ánimo de trascender la espectacularidad e inmediatez de los medios de comunicación, este artículo intenta poner de presente algunos elementos para incitar al debate en nuestro contexto. Autores como Pierre Bourdieu, Alberto Melucci y Eric Hobsbawm nos recuerdan que la reflexión sobre la juventud debe acercarse a los trabajos sociológicos e históricos para matizar las opiniones comunes que pululan en los medios y la calle. La interpretación de la protesta global que sacude al mundo introdujo otro elemento que es necesario someter a crítica, a saber: el papel de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) en la organización, desarrollo y difusión de las protestas. Estas dos ideas, juventud y medios

de comunicación, constituyen la médula de este escrito cuya finalidad no es otra que la de compartir elementos para problematizar y cualificar las representaciones sobre el papel de la juventud en la esfera pública contemporánea.

En general, dado que categorías como infancia, adolescencia, juventud, adultez y vejez son construcciones culturales, resulta necesario hablar, desde diferentes perspectivas o enfoques, de una edad biológica y una edad cultural que no necesariamente deben estar en concordancia plena. Tal necesidad se plantea hoy, cuando el mundo ha visto caer varios gobiernos en Oriente Medio; los Estados Unidos vuelven a experimentar una movilización social considerable con los *Occupy Wall Street*; y América Latina, desde Chile hasta Colombia, se ha movilizó por una educación que no esté al servicio del capital privado. En pocas palabras, la juventud está vigente y hay que reflexionar sobre este no tan nuevo actor social.

La juventud como noción problemática

“La juventud y la vejez no están dadas, sino que se construyen socialmente en la lucha entre jóvenes y viejos” (Bourdieu, 2002: 164). Esta afirmación de Bourdieu refleja que si bien la psicología amarró la juventud a consideraciones de tipo biológico, en las últimas décadas las ciencias sociales llevaron esta discusión al terreno cultural. Ya que la caracterización de la juventud es una etapa preparatoria para la adultez —en la que predominan aspectos emocionales e “irracionales” opuestos a la seriedad y madurez de los adultos—, ella debe entrar en proceso de revisión y crítica. Tal y como lo recuerda el historiador británico de origen judío Eric Hobsbawm, a partir de la década del sesenta la juventud emerge como un sujeto histórico autónomo. Más aún, este nuevo actor social concentrará en sí gran parte de los cambios acaecidos en la llamada “revolución cultural planetaria”, entendida como “[...] la transformación sustancial de las relaciones entre las generaciones y los géneros, al igual que de las pautas de comportamiento, costumbres y consumos de la sociedad mundial” (Hobsbawm, 1997: 325-336).

Las dificultades para redimensionar el significado de la juventud provienen del desconocimiento

de las particularidades de esta experiencia en sí misma y de otras experiencias que componen la trayectoria vital. Al respecto, el sociólogo Alberto Melucci sostiene que para acercarse al mundo juvenil, el conocimiento social elaborado por adultos debe empezar a despojarse de la imposición de categorías y perspectivas propias de la madurez. La única manera de pensar la condición de juventud no es otra que la de establecer un diálogo atento con los mismos jóvenes a partir de una actitud de escucha desarrollada. Se infiere, entonces, que este diálogo y reconocimiento tienen que abrirse tanto hacia los jóvenes de este presente como hacia aquellas generaciones que propiciaron una ruptura en la década del sesenta del siglo pasado.

La reflexión que realiza Melucci va mucho más allá de la constatación de que la juventud se define socialmente en la tensión relacional que se establece entre jóvenes y adultos. En primer lugar, sugiere que la difícil aprehensión sobre lo que le acontece a la población considerada joven se debe a que en la sociedad postindustrial han dejado de existir los ritos de iniciación, que de paso ayudaban en las sociedades tradicionales a la delimitación clara de las etapas de la trayectoria vital de cada ser humano. En contraste, nuestra contemporaneidad se caracteriza por haber eliminado las barreras entre estas condiciones, puesto que “[...] este paso acontece de manera prácticamente inadvertida, o bien los individuos piensan que aún son niños sin darse cuenta de que han crecido” (Melucci, 2001: 138). El *ser joven* depende ya no tanto del tránsito hacia una nueva condición, en el que la sociedad y la familia intervenían explícitamente, sino de las pautas de consumo o la apropiación de ciertos códigos de comportamiento.

Ahora bien, la inexistencia de fronteras temporales entre la infancia y la adultez no significa que desaparezca la juventud. En el fondo lo que está en juego es el problema de la identidad de los jóvenes. Para Melucci lo que está en vilo es la capacidad que tienen las nuevas generaciones para responder a la pregunta: ¿Quién soy yo? Interrogante que se formula con mucha fuerza durante la juventud. La expansión de la juventud —aquella idea y realidad de los adultos juveniles que se niegan a *envejecer*—

presenta un escenario donde todo es posible y, por ende, muestra a los jóvenes una aparente omnipotencia, que generalmente tiende al aislamiento y a la despreocupación por el otro.

La construcción de la identidad juvenil, pensada no desde esencialismos que remite a progresos lineales y visiones estáticas de una condición tan dinámica como la juventud, entraña a su vez la redefinición de la perspectiva del tiempo cronológico. Para Melucci, si bien la estructuración del tiempo cronológico incluye a todas las personas sin importar su edad o condición, son los jóvenes —y con ellos los adolescentes como primer momento de esta condición— quienes experimentan más radicalmente las transformaciones que se plantean sobre los cambios en el tiempo cronológico. A diferencia de las sociedades tradicionales, en la juventud el proyecto de vida y la historia de vida particular son cada vez menos predecibles, toda vez que se tiende hacia la autorrealización individual. Una condición que de acuerdo con las tendencias predominantes estaría más allá de cualquier amarre con el acontecer individual y en general con cualquier determinación exterior. Todo se puede conocer, todo se puede probar, todo puede ser imaginado, serían las consignas de los jóvenes contemporáneos. Estos definen su tiempo a partir de factores cognitivos, emocionales y motivacionales, cuyo resultado general no es otro que el de vivir en un presente ilimitado que suele provocar frustración, aburrimiento y abulia¹ (Melucci, 2001: 141-145).

Tal y como lo propone Melucci, el análisis sobre la condición juvenil no sólo implica repensar su situación en el mundo actual. El trabajo de trascender la concepción biologicista ha llevado a pensar en una noción que repara en los ejercicios de creación que los jóvenes acometen en diferentes contextos. La noción de cultura juvenil entraña una visión más amplia sobre el quehacer y ser juvenil. Reconoce las apuestas estéticas, éticas y políticas de los jóvenes como productoras de nuevas formas de comunicación, de existencia e incluso como portadores de saberes singulares. De acuerdo con Manuel Roberto Escobar:

¹ Una lectura cercana a estos postulados de Melucci la ofrece Jesús Martín-Barbero, quien al reflexionar sobre la relación entre la memoria y la construcción de la identidad nacional sostiene la importante aceleración de la temporalidad como un factor a tener en cuenta en la modificación de la adscripción nacional (MARTÍN-BARBERO, 2000: 33-63).

La emergencia de la cultura juvenil puede ser entendida como una respuesta desde la resistencia al biopoder, el cual se encargó de amoldar los cuerpos y la vida de las poblaciones. Prácticas culturales distintas y nuevos lenguajes harían parte de la autoconstitución de la subjetividad juvenil y no de la definición externa de una identidad estereotipada (Escobar, 2009: 104-117).

La concepción de los jóvenes no como una población que está en tránsito hacia la adultez –aun cuando todavía no alcanza la madurez necesaria y tampoco corresponde a la infancia– está siendo revaluada sistemáticamente por las ciencias sociales. Este cambio entraña modificaciones sustanciales en el nivel político, toda vez que si se le ve al joven como un sujeto protagónico capaz de producir y reelaborar significados y símbolos sociales, las políticas o decisiones que se tomen respecto a éste pueden llegar a propiciar el fortalecimiento de esta condición, en lugar de intentar su control. Que la academia se preocupe por construir una visión más compleja y rica de la condición juvenil ha llevado en algunos lugares a que las políticas públicas dejen de ocuparse de la llamada socialización de los jóvenes y se ocupen de su agenciamiento cultural. Con esta nueva óptica, que reformula la relación entre cultura y política, la discusión sobre las formas organizativas y de expresión de los jóvenes adquiere un nuevo sentido (Álvarez; Dagnino y Escobar, 2001).

Pese a lo que se pudiera pensar, sobre todo en los medios cuando informan la ruptura generada por los jóvenes en Oriente como una novedad global, la noción de cultura juvenil es parte de un proceso histórico de posicionamiento paulatino de la juventud como actor social de primera línea en la sociedad contemporánea. Precisamente, fue el movimiento estudiantil de las décadas de los años sesenta y setenta el primer actor de importancia política que permitió visibilizar a los jóvenes como sujetos con demandas e identidades propias. Como parte de una ola global que recorrió la geografía planetaria y con el influjo de luchas muy importantes como las parisinas o mexicanas, los jóvenes se ubicaron como la “vanguardia” que anunciaba un nuevo tiempo –y el “hombre nuevo”– en los que la violencia hacia los desposeídos, las agresiones a las naciones débiles o la explotación del hombre por el hombre y a la mujer quedarían erradicadas de la nueva sociedad. En palabras de Rossana Re-

guillo: “Los movimientos estudiantiles vinieron a señalar los conflictos no resueltos en las sociedades «modernas» y a prefigurar lo que sería el escenario político de los años setenta” (Reguillo, 2000: 21).

El quiebre y desencanto de la utopía

De los años sesenta y setenta se derivó una imagen de los jóvenes como revolucionarios *per se*. Para el caso colombiano se reafirmó con múltiples protestas del estudiantado que paralizaron el sistema educativo universitario en los primeros años de la década del setenta. “En ese momento, algunos jóvenes asumieron como justa la vía armada para conseguir cambios sustanciales en la sociedad, al tiempo que terminó prevaleciendo la adscripción ideológica-partidista en los grupos de izquierda sobre la identidad gremial desde finales de los años cincuenta hasta la primera mitad de los sesenta” (Cote, 2009: 442-447). La representación adjetivada del joven revolucionario cercano a las guerrillas, ya a finales de los años sesenta, fue disolviendo el aura de respetabilidad que llegó a tener el estudiantado en años precedentes.

Este giro dio paso a la representación del joven como un individuo carente de autonomía y objeto de manipulación, delincuente o factor de peligro e inestabilidad en las grandes ciudades. Un poco después, en los años ochenta y ubicados los jóvenes en un contexto en el que la economía del narcotráfico irrigó una parte importante de la sociedad colombiana hasta poner en jaque a la institucionalidad en ciudades como Medellín, Cali y Bogotá, las organizaciones delictivas echaron mano de la población juvenil para dar forma al sicariato. Estas organizaciones se valieron del consumo de drogas y especialmente de las difíciles condiciones materiales que enfrentaban los jóvenes de las barriadas populares para atraerlos hacia su negocio y modificar así los significados sociales de la juventud.

A finales de la década del ochenta la juventud colombiana se debatía entre las visiones de vulnerabilidad asociada a contextos de violencia y marginalidad y una juventud universitaria desmovilizada y desencantada con los procesos organizativos que sólo un par de décadas atrás buscaban la utopía igualitaria (Posada, 2001: 57-68) ¿Por qué este quiebre y desencanto? No cabe duda que hasta los

años sesenta el imperialismo norteamericano había socavado en múltiples ocasiones la soberanía de las naciones de América Latina desde que en los años veinte del siglo XIX Estados Unidos planteó en su Doctrina Monroe “América para los americanos”, lo cual se interpretó que cualquier amenaza de una potencia extranjera en un país de América Latina se consideraría como una agresión directa a los derechos y propiedades de los Estados Unidos. Una política que se reafirmó con la doctrina del Destino Manifesto de 1904 y posteriormente con la Doctrina Truman de 1947 que definió la existencia de un conflicto ruso-norteamericano en el que dos ideologías y dos modos de vida eran totalmente opuestos.

La serie de intervenciones militares, saboteos económicos y presiones políticas, sin contar con la hegemonía cultural que progresivamente fue construyendo con su *american way of live*, propició la creación de un sentimiento antiimperialista en la juventud de los años sesenta y setenta. La seguridad hemisférica, entendida como un asunto nacional para los Estados Unidos de América, cobró sentido con la Guerra Fría, periodo en el que la amenaza comunista parecía cernirse sobre los países latinoamericanos, especialmente luego del triunfo de Fidel y el “mal ejemplo” que representó para la nueva izquierda que se estaba configurando en el continente. La injerencia norteamericana se sintetizó en dos políticas muy conocidas que representaron la “zanahoria” y el “garrote” con que la potencia occidental definió su relación con el subcontinente: Alianza para el Progreso y Doctrina de Seguridad Nacional (Carbone, s.f.).

La Revolución cubana, símbolo en Latinoamérica de la utopía igualitaria, se constituyó en un desencanto por sus propias contradicciones internas y su política exterior. Si en un comienzo Fidel Castro aclaró que no se trataba de una revolución comunista, a finales de 1961 el gobierno revolucionario, que nunca convocó a elecciones democráticas, proclamó los principios marxistas leninistas. La imposición del socialismo en la isla y el aislamiento económico internacional liderado por los Estados Unidos condujeron a la erosión de este modelo económico y a una alianza irrestricta con la Unión Soviética hasta el año 1990. De esta manera Cuba combatió en las guerras de Angola y Etiopía en los decenios de los años setenta y ochenta y apoyó militarmente los movimientos

guerrilleros de izquierda en América Latina. La *socialización de la pobreza* del modelo cubano – como así fue denominado por los contradictores del régimen– trastabillaba y crecía el desencanto de la utopía revolucionaria marxista-leninista (Hernández, 2011).

Desde mediados de los años ochenta hasta finales del siglo XX la palabra revolución fue sustituida por el pragmatismo de los gobernantes en casi todas las naciones del orbe. El historicismo, aquella tendencia que estimaba que era posible encontrar predicciones históricas mediante el descubrimiento de ritmos, patrones o leyes que subyacen en la evolución de la historia, también hizo aguas. Esta crítica al historicismo marxista como su otra vertiente que considera imposible captar el devenir desde una perspectiva racional, afirmó el desencanto por las revoluciones radicales y violentas hasta casi hacer desaparecer del lenguaje político el discurso revolucionario. Si bien las revoluciones exigían una ética pública, tras ellas se ocultaban los peculados, las tradiciones caudillistas y el uso del poder del Estado para beneficios personales. La creencia en la posibilidad de un futuro mejor entró en crisis a la par de la desesperanza popular, resultado de la creciente desigualdad y el empobrecimiento. En contraste, surgió un discurso vindicativo de la responsabilidad personal de los actos públicos de los ciudadanos y el consenso por encontrar revoluciones políticas por la vía democrática. ¿Cómo se transformó la juventud entre los años sesenta y el fin del siglo XX? ¿Asistimos hoy día a un renacer la juventud como sujeto potencialmente revolucionario?

En el caso colombiano, además de este quiebre y desencanto por la utopía, se dio lo que bien expone Fernando Quintero Tobón:

A mediados de la década de los ochenta la crisis de las políticas de modernización implementadas treinta años atrás, junto con las políticas de ajuste económico a nivel global y la participación de jóvenes en las violencias ligadas al narcotráfico en Colombia [...] genera [ron] representaciones sobre lo juvenil constituidas a partir de la relación *violencia-vulnerabilidad*, lo que produjo su criminalización y vulnerabilización (Quintero, 2005: 98).

El advenimiento de los procesos globalizadores, la disposición colombiana con la apertura económica y la reedición de los debates por una mayor

democratización en la gestión de lo público, que finalmente arrojaron la sanción de una nueva Carta constitucional, fueron el contexto histórico en que se abrió paso una imagen de los jóvenes como portadores de esperanza y de renovación política. Además del movimiento por la “séptima papeleta”, la creación de un nuevo marco jurídico para este grupo poblacional o la progresiva institucionalización de espacios culturales como Rock al Parque fueron manifestaciones de un nuevo lugar de los jóvenes en la sociedad colombiana (Perea, 2000: 315-346). Actualmente, sin que haya desaparecido la visión del joven en peligro y peligroso, sobre todo de los sectores marginales, en el fondo se mueve un resurgimiento del joven como sujeto autónomo, apoyado en la emergencia de nuevas formas de comunicación y expresión facilitadas por las tecnologías de la información y las comunicaciones –TIC– (Quintero, 2005: 99)². Ello se aprecia especialmente en las recientes movilizaciones en diferentes partes del mundo donde los jóvenes estudiantes han sido una fuerza social determinante en la caída de gobiernos autoritarios en Oriente Próximo y en la crítica a los políticos y grupos de potentados en Occidente.

Como historiadores no podemos marginarnos de realizar algunas observaciones sobre un ámbito de reflexión y acción tan importante como es el relacionado con la juventud. Explorar nuevas visiones sobre este grupo, reconocer las dificultades, tensiones y conflictos que existen por definir qué es lo juvenil y evidenciar que los contextos sociohistóricos inciden no sólo en la manera como se teoriza sobre ellos sino en las políticas que se toman para este sector de la población, no es tarea baladí. Incluso podría decirse que nuestra labor se hace más imperativa en este momento. Con los acontecimientos de Egipto, Libia, Siria, Chile y la misma Colombia, la prensa escrita y televisada ha venido sosteniendo que asistimos a una revolución inédita en la historia de la humanidad: la transformación radical del activismo y hasta de la acción social colectiva como efecto de los nuevos medios de comunicación (Internet, redes sociales, blogs, páginas web, entre otras) y el papel protagónico de los jóvenes en estas manifestaciones que hoy se

desenvuelven en varias naciones. ¿Cómo pensar esta relación entre la juventud global, las TIC y el activismo político?

Jóvenes, TIC y cambio social en la inmediatez: el efecto dominó

En este último apartado se hará referencia a una de las principales ideas que ha venido cobrando fuerza en los medios de comunicación masivos y en las revistas culturales y de orientación política sobre las razones que han incidido en los levantamientos y protestas recientes en el norte de África, parte de Oriente Próximo y algunas naciones centrales del mundo occidental. La relación que se plantea es el profundo vínculo entre democracia, libertad de expresión y recambio institucional, que en este caso estaría llegando como una tercera ola de democratización, de acuerdo con la concepción del politólogo norteamericano Samuel Huntington. Según Eduardo Pastrana Buelvas, el mundo árabe-musulmán está experimentado el tránsito hacia la vida democrática. Este proceso, que ha contado con una ambigua participación de las potencias occidentales, estaría liderado por una capa poblacional de jóvenes que no superan los veinticinco años. Agobiados por las condiciones imperantes de opresión y crisis cultural y material, las grandes movilizaciones urbanas vienen poniendo contra las cuerdas a las gerontocracias fundamentalistas y autoritarias que llevan varias décadas en el poder.

Las protestas que se han extendido a varios países, cada uno con problemáticas particulares, coinciden, según este analista, en la demanda por una mayor secularización y apertura al mundo occidental. Junto a ello, las exigencias por implementar prácticas democráticas como las elecciones libres o el ejercicio de los derechos civiles y políticos, sirven para canalizar el descontento social que también permea la población de países como Egipto, Túnez, Yemen, Libia, Siria, entre otros. Estos levantamientos tendrían como base la existencia de una esfera pública global, la cual trasciende las fronteras de los modernos

2. El mismo Quintero Tobón anota que para la década del noventa el joven es visto como un sujeto *deseado y diverso*. La primera alude a la idea de la juventud como fuerza transformadora, situación que conllevó la pretensión de institucionalizar la acción política de la juventud en el marco de la nueva democracia que se abrió con la Carta de 1991. Por su parte, la idea del joven diverso se crea a partir de la explosión del consumo cultural por parte de las industrias culturales. La ruptura estética propiciada por los jóvenes, así como la segmentación y especialización del mercado hacen parte de esta nueva realidad.

Estados nacionales y propicia la participación de la ciudadanía en circuitos políticos no formales. Al parecer, la democracia y los derechos humanos estarían dejando de ser un patrimonio exclusivo de Occidente para asumirse como bienes públicos globales, de allí que el fin de las llamadas repúblicas dinásticas no viene ya por la invasión de las potencias imperialistas sino por la misma explosión de las tensiones catalizadas por la globalización en marcha. Si bien estas manifestaciones pueden constituirse en cantos de sirena frente a la creación de gobiernos militares o más autoritarios que los existentes, los analistas coinciden en reconocer que el efecto dominó ya es un hecho en esa parte del planeta y que será imposible detener esta ola de descontento que hizo chispa en una disputa callejera entre un agente de la policía y un vendedor ambulante en Túnez (*Semana*, 2 de abril de 2011). Contrario a lo que se creía en los años sesenta y setenta con la Revolución cubana y Vietnam del Norte, el giro hacia sistemas políticos comunistas en estas dos naciones no creó el efecto dominó en las naciones vecinas, entre otras razones por la movilización de los Estados Unidos para impedir su expansión e influencia.

Mención aparte merecen las movilizaciones en países occidentales, en donde las razones de estas acciones colectivas han de buscarse en una crisis del capitalismo financiero y del proyecto de integración europea. Herederos de las luchas contra la globalización triunfante en las ya mítica batallas de Seattle o Génova, los recientes manifestantes se identifican con una categoría todavía en construcción: *Indignados*; o, en términos de Antonio Negri y Michael Hardt, se podría equiparar a la expresión que estos han acuñado para explicar dichos movimiento: la *Multitud* (Hardt y Negri, 2006: 125-264). A pesar de que un estudioso de la acción social colectiva en Colombia, Mauricio Archila, ha destacado hace algún tiempo la importancia de la *indignación justa* como médula de la protesta social a través del tiempo (Archila, 2003: 433-459), los nuevos indignados son en su mayoría jóvenes, profesionales, estudiantes y trabajadores, que han visto derrumbar la seguridad que la sociedad opulenta capitalista creó luego de la caída de la Unión Soviética.

Para recordar la extensión de esta ola de indignación en Europa, podemos decir que a mediados de octubre de 2011 se realizó una serie de protestas

en las principales ciudades europeas en las que se enjuició el capital financiero, el mercado y el Estado como los responsables de la precarización de la vida de una gran parte de la población del Viejo Continente. Madrid, Barcelona, Roma, Londres, Bruselas, Lisboa, París, Washington, Nueva York, Berlín, Franckfurt, Tel Aviv, Atenas, entre muchas otras, presenciaron las marchas y arengas de una generación que volvió a las calles a exigir sus derechos sociales y en contra de las medidas económicas de ajuste fiscal y demás. Sin proyectos rimbombantes, con sabor a socialismo de Estado o de dictaduras de partido único, los indignados buscan que la crisis económica en la que se encuentran la paguen los responsables, especialmente las grandes corporaciones bancarias y especulativas y no los ciudadanos de a pie a través de recortes al empleo, la salud y la educación (*El Mundo*, 16 de octubre de 2011).

Aunque las grandes cadenas de televisión no dan cuenta en profundidad de los actores que protagonizan las manifestaciones en las naciones referidas, todo indica que los jóvenes y las *clases medias* son una de las fuerzas sociales más importantes. Además de ser la mayoría de la población —cerca del 60%—, estos jóvenes se han socializado no ya en la escuela o en los dogmas religiosos, sino en el abundante bombardeo de información a través de internet. De allí que saber otra lengua, generalmente el inglés, y utilizar un computador personal, les permitió expresar primero y luego organizar y convocar manifestaciones para que sus causas pasaran de las desvencijadas fronteras nacionales a la *cibersfera*. El uso intensivo de las redes sociales (*Twitter*, *Facebook* y otras), según esta interpretación, se acompaña de una apropiación muy fuerte del concepto de libertad individual, por lo que “[...] las nuevas generaciones del Magreb han podido perder el miedo a la opresión, además de establecer una relación con la modernidad, particularmente con la reivindicación de los derechos civiles y políticos” (Pastrana, 2011). Estas movilizaciones se han levantado contra dinastías políticas largamente consolidadas en el poder, élites bancarias y clases políticas carentes de credibilidad. A esto se suma el desempleo y la falta de oportunidades para una juventud que demanda su inclusión en el sistema político y mejores condiciones de vida, sin descontar la acentuada brecha generacional entre la gerontocracia asentada en el poder y los jóvenes (*Semana*, 2 abril de 2011).

En una dirección similar, Hernando Gómez Buendía escribió en la revista *El malpensante* que la revolución árabe no necesariamente tiene que ver con el cambio de estructuras sociales, políticas y económicas sino con la transformación radical del activismo y la movilización. Para el director de la revista digital *Razón Pública*, el sentimiento que recorre a la juventud árabe es el de la desesperación, pues no tiene perspectivas de encontrar empleo o de acceder al poder, porque las camarillas enquistadas no dejan lugar para las nuevas generaciones. Algo similar se ha dicho para las protestas del 68 en Francia, México y Colombia (Zermeño, 1985). Para Gómez Buendía el papel protagónico en esta ola les corresponde a los nuevos medios de comunicación, caracterizados por su horizontalidad, estructura reticular y mediana democratización. De alguna manera, estaríamos ante una superposición temporal, expresada en una comunicación muy rápida que altera los tiempos de la experiencia subjetiva y social y permite una especie de voz a voz a distancias enormes. “La movilización social estaría determinada por esta revolución que se tomó el globo entero, incluyendo al mundo árabe” (Gómez, 2010).

Sin embargo y pese al entusiasmo que pretende designar la revolución árabe como la primera revolución electrónica, no hay consenso al respecto (Ricciulli, 2011). Una voz crítica a los cantos de sirena que atribuye a las redes virtuales la explosión social en nuestros días, es la de Malcolm Gladwell. En la misma revista *El malpensante*, Gladwell postula que la acción social colectiva no se puede reemplazar por el tipo de lazos que se generan a través de los *twitts* o los *post* en el muro. Acudiendo a la década del sesenta y al movimiento por los derechos civiles de los Estados Unidos, Gladwell recuerda que las luchas de los jóvenes en aquel entonces —ya fuesen en contra del racismo, la guerra contra Vietnam o la modorra y desigualdad generada por el capitalismo tardío— no contó con los actuales instrumentos de comunicación y no por ello dejó de movilizar a muchísimas personas.

La tesis de este periodista y sociólogo británico es muy sugerente para relativizar el papel de los medios en las luchas sociales que se libran en diferentes lugares del mundo. Para este autor, el activismo de “alto riesgo” o comprometido con causas sociales importantes y duraderas sólo puede darse cuando los lazos sociales que atan a los acti-

vistas es formal; es decir, cuando las relaciones entre personas que comparten ideales de transformación implican la creación de sociabilidades fuertes, mediadas por la creación en común y cara a cara de idearios, sentimientos de injusticia y motivaciones realmente sentidas. En este orden de ideas, las sentadas en los Estados Unidos por los derechos civiles, las protestas violentas de Francia o México o los paros de solidaridad en la Colombia de los sesenta-setenta, estuvieron precedidos por un nivel organizativo mínimo que no se da en las redes sociales de internet. La existencia de una jerarquía mínima, de una planeación estratégica e incluso la elaboración de propuestas políticas e ideológicas no son garantizadas por tener una cuenta en *Facebook* o seguir a algún líder en *Twitter*.

Con ejemplos históricos concretos, este autor desmiente y somete a crítica aquel nuevo lugar común de que el poder de los movimientos sociales está dado por la metáfora de la red. “Las movilizaciones en Irán en el 2009 o el acontecimiento fundacional del movimiento alterglobalizador denominado como la Batalla de Seattle deben ser valorados en sus reales dimensiones” (Gladwell, 2010: 15-23). Como colofón, la visión crítica sobre la protesta digital, a la par que duda de la total eficacia y efectividad de las marchas por Internet, despoja a los jóvenes del protagonismo atribuido por otras voces. Aunque no hace referencia directa a los acontecimientos de Oriente Próximo o el Magreb, Gladwell es partidario de no olvidar aquellos principios modernos de la acción social colectiva, en los que la participación real de los seres humanos, sin grupos o clases de vanguardia, era el motor fundamental para poner en entredicho y en ocasiones tumbar regímenes y cambiar sistemas sociales.

A manera de cierre

El conocimiento que hemos construido sobre los movimientos sociales, especialmente sobre el movimiento estudiantil, lleva a tomar una prudente distancia en este debate sobre el papel de los nuevos medios en la movilización social en curso y el lugar que corresponde a la juventud. En lugar de asociar mecánicamente a los jóvenes el uso de las redes sociales o de afirmar que más de la mitad de la población de los países árabes que se encuentran en protestas sociales está conformado

por la juventud, creemos que es mucho más relevante realizar estudios analíticos que evidencien la compleja relación y dilemas interpretativos entre revolución cultural –todavía abierta–, juventud y nuevas formas de organización y de comunicación. Esta labor requiere un análisis que piense de manera interconectada, que no despoje al presente convulso de su historicidad, que trascienda el eurocentrismo por más escondido que permanezca y que asuma con rigor la imbricación entre lo político, lo cultural y lo social.

A cuarenta años de la más importante eclosión de rebeldía estudiantil tamizada en lecturas, debates y discursos que llamaron a la revolución, los jóvenes vuelven a las calles a sentar su voz de protesta por este mundo en que les correspondió crecer. En su último libro, el reconocido historiador de la movilización social Charles Tilly y Lesley Wood, realizaron una interpretación de los movimientos sociales desde el siglo XVIII hasta finales de la primera década del siglo XXI. Precisamente, al cuestionarse por el futuro de la acción social colectiva, estos autores se preguntan si el uso de las tecnologías de la información transformará sustancialmente los movimientos sociales. Esta inquietud es de relevancia para este artículo, pues si hace cuatro décadas las revistas y libros cumplieron un papel central en la radicalización de las demandas y en la estructuración de su discurso, no está de más preguntarse por las formas como hoy en día los jóvenes de todo el mundo vienen configurando sus representaciones en torno al poder y al sistema que critican.

En líneas generales, Tilly nos recuerda que si bien el uso de redes sociales como *Facebook* o *Twitter* abarata la comunicación entre los activistas, permite una coordinación más rápida y efectiva para ciertas acciones y facilita la información a tiempo real de los acontecimientos en diferentes lugares del mundo, no se puede incurrir en lo

que llaman “determinismo tecnológico”. Los nuevos rasgos de los movimientos sociales serían el resultado de cambios dados en sus respectivos contextos sociales y políticos, tal y como lo hemos visto tanto en Oriente como en Occidente, y no de las innovaciones tecnológicas. Además, llaman la atención sobre una exclusión que entrañan estos nuevos canales de información, pues marginan de tajo a todas aquellas personas que se encuentran fuera de los circuitos virtuales. De acuerdo con estos autores, son las formas de organización local, regional y nacional que se crearon hace más de un siglo las que todavía permiten realizar protestas en diferentes lugares del mundo. Las sentadas, los paros, las huelgas, la politización cara a cara y los mítines, son algunas de las formas que todavía sirven de soporte a los activistas contemporáneos. Esto pasa, además, por reconsiderar el alcance de la globalización, específicamente el papel de los Estados nacionales en la gestión de la política contemporánea.

Ahora bien, la aparición y apropiación del internet por parte de los luchadores sociales ha permitido introducir nuevas expresiones, que conduce a los más optimistas a pensar en una revolución estructural en la acción colectiva. Algunos de los puntos que se destacan son: la creación de redes menos estructuradas y jerárquicas de comunicación y coordinación; la posibilidad de insertar en la agenda de la movilización asuntos locales en conexión directa con problemáticas globales; el abaratamiento mismo de las protestas y la posibilidad de realizar campañas permanentes con objetivos rápidamente cambiantes (Tilly y Wood., 2010: 189-239). No obstante, los compromisos que se establecen a través de las redes sociales no pueden suplantar aquellos que se fundan en la experiencia de la injusticia sufrida y de la solidaridad compartida en las luchas cotidianas y en el encuentro cara a cara³.

3. En nuestro país recientemente se pueden citar dos ejemplos claros de la fortaleza y debilidad de los nuevos medios de comunicación en el desarrollo de la acción social colectiva. Por un lado, luego del importante movimiento en contra de la reforma a la ley de educación superior, los dirigentes estudiantiles definieron para el 24 de noviembre de 2011 una marcha continental por la educación. Esta marcha se organizó a través de las redes sociales y no contó con la misma participación que las masivas protestas de los meses anteriores. Además, no fue precisamente una marcha que tuviera lugar en todo el continente sino en algunos lugares concretos como en Chile. Por otro lado, el poder de las tecnologías de la información y la comunicación quedó refrendado, hace menos de una semana, con la difusión de un video en el que se demuestra cómo las comunidades del Quimbo, en el departamento del Huila, fueron atropelladas por la fuerza pública al resistir el desalojo de sus tierras para construir un proyecto energético por la empresa Emgesa. El video generó un debate nacional sobre el caso del Quimbo, el papel de la fuerza pública y del Estado en la defensa de los intereses de las transnacionales o de la ciudadanía afectada por la construcción de las represas, todo ello mediado por la repulsión que generó el video difundido en las redes sociales bajo el nombre “El video que el gobierno no quiere que veamos”. (Ver: *El Tiempo*, 24 de noviembre de 2011; *Semana*, 21 de febrero de 2012). Para ver el video: <http://www.youtube.com/watch?v=BFv4HG8ALeA>. El video ha alcanzado más de 800.000 visitas en menos de dos semanas.

En esta apuesta, es crucial la renovación y revisión conceptual. Por citar un ejemplo, es posible que sea más productivo y preciso hablar de culturas juveniles que de una única juventud esencial y amoldable al proyecto disciplinador de la Modernidad. Esto no significa, como bien lo anota Manuel Roberto Escobar, que se piense idílicamente en que toda agrupación juvenil de por sí crea lenguajes, códigos y representaciones propias y críticas de los poderes establecidos, como a veces lo creen los cultores del “creacionismo juvenil” (Escobar, 2009: 109-110). Podríamos decir con Melucci, que las formas actuales de participación social y civil de los jóvenes estarían marcadas por dos retos que se imponen a los adultos. Por un

lado, que toda acción social colectiva se torna significativa en sí misma, lo que pone en duda los grandes proyectos esperanzadores de un futuro armónico lejano. Del otro, “[...] toda acción social colectiva se enmarca, tácita o explícitamente, en marcos más generales aunque no esté alimentada de grandes ideologías” (Melucci, 2011: 148). Teniendo esto en mente, debemos volver la mirada por lo menos a 1968 como *macro-acontecimiento* en el que pueden estar algunas de las claves para comprender lo que está sucediendo, no sólo en el mundo **árabe** sino en las “protestas que sacuden a Grecia, Alemania, Francia e Inglaterra por causas tan *sesenteras* como los peligros que entraña la energía nuclear” (*El Clarín*, marzo de 2011).

Bibliografía

- ÁLVAREZ, Sonia, DAGNINO, Evelina y ESCOBAR, Arturo (2001). *Política cultural y cultura política: una nueva mirada sobre los movimientos sociales latinoamericanos*. Madrid: Taurus/ ICANH.
- ARCHILA, Mauricio (2003). *Idas y venidas, vueltas y revueltas: Protestas sociales en Colombia 1958-1990*. Bogotá: ICANH/CINEP.
- EL CLARÍN. BERLIN y ROMA. Ap. *Una multitud pidió en Alemania y en Italia el fin de la era atómica*. Publicado en la red: http://www.clarin.com/mundo/multitud-pidio-Alemania-Italia-atomica_0_451754927.html. 27 de marzo de 2011. Consultado el 30 de marzo de 2011.
- BOURDIEU, Pierre (2002). *La juventud no es más que una palabra*. Sociología y Cultura. México: Grijalbo/ Conaculta.
- CARBONE, Valeria. *Cuando la Guerra Fría llegó a América Latina... La política exterior norteamericana hacia Latinoamérica durante las presidencias de Eisenhower y Kennedy (1953-1963)*. Publicado en la red: <http://www.caei.com.ar/es/programas/historia/08.pdf>. Sin fecha. Consultado el 18 de marzo de 2011.
- EL MUNDO. *Los ‘indignados’ se hacen oír en Europa y América*. Publicado en la red: <http://www.elmundo.es/elmundo/2011/10/14/internacional/1318610830.html>. 16 de octubre de 2011. Consultado el 22 de noviembre de 2011.
- EL TIEMPO. *Estudiantes colombianos quieren una Latinoamérica por la Educación*. Publicado en la red: http://www.eltiempo.com/vida-de-hoy/educacion/ARTICULO-WEB-NEW_NOTA_INTERIOR-10826704.html. 24 de noviembre de 2011. Consultado el 26 de noviembre de 2011.
- ESCOBAR, Manuel (2009). “Jóvenes: Cuerpos significados, sujetos estudiados”. *Nómadas*. No. 30. pp. 104-117.
- GLADWELL, Malcolm (2010). “Por qué la revolución no será tuiteada.” *El malpensante*. No. 114. Publicado en la red: http://www.elmalpensante.com/index.php?doc=display_contenido&id=1711. Noviembre de 2010. Consultado el 25 de febrero de 2011.
- GÓMEZ, Hernando (2011). “La revolución, internet y los árabes.” *El malpensante*. No. 117. Publicado en la red: http://www.elmalpensante.com/index.php?doc=display_contenido&id=1830. Marzo de 2011. Consultado el 01 de abril de 2011.
- HARDT, Michael y NEGRI, Antonio (2006). *Multitud: Guerra y democracia en la era del imperio*. Barcelona: Mondadori.

- HERNÁNDEZ, Jesús. ¿Para qué sirve una revolución?. Publicado en la red: <http://www.contactomagazine.com/cafeimpreso/lasrevoluciones1208.htm>. Abril de 2011. Consultado el 6 de mayo de 2011.
- HOBSBAWM, Eric (1997). *Historia del siglo XX: 1914-1991*. Barcelona: Crítica.
- LAACHER, Smaïn y TERZI, Cédric (Febrero de 2012) “Los ciberactivistas están cansados”. *Le Monde Diplomatique*. No. 108, p. 15.
- MARTÍN-BARBERO, Jesús (2000) “El futuro que habita la memoria”. En: Gonzalo Sánchez y María Emma Wills (Compiladores). *Museo, Memoria y Nación: Misión de los museos nacionales para los ciudadanos del futuro*. Bogotá: Ministerio de Cultura/Museo Nacional de Colombia/PNUD/IEPRI/ICANH.
- MELUCCI, Alberto (2001). *Vivencia y Convivencia: Teoría social para una era de la información*. Madrid: Trotta.
- PASTRANA, Eduardo. *Rebelión en contra del autoritarismo árabe-musulmán: ¿Ola de democratización?* Publicado en la red: www.semana.com/documents/Doc-2148_201131.doc. 3 de febrero de 2011. Consultado el 12 de mayo de 2011.
- PEREA, Carlos (2000). “De la identidad al conflicto: Los estudios de juventud en Bogotá”. En: Jesús Martín-Barbero; Fabio López y Ángela Robledo (Compiladores). *Cultura y Región*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- POSADA, Consuelo (2001). “Los años setenta en la Universidad de Antioquia”. *Utopía Siglo XXI*. Vol. 2. No.7 pp. 57-68.
- QUINTERO, Fernando (2005). “De jóvenes y juventud”. *Nómadas*. No.23. pp. 94-102.
- REGUILLO, Rossana (2000). *Emergencia de culturas juveniles: Estrategias del desencanto*. Bogotá: Norma.
- RICCIULLI, Paula. *Los hijos de la revolución*. Publicado en la red: <http://www.elespectador.com/impreso/internacional/articulo-243398-los-hijos-de-revolucion>. 4 de enero de 2011. Consultado el 06 de febrero de marzo de 2011.
- RODRÍGUEZ, Jorge (2009). “El movimiento estudiantil de 1971: Entre la homogeneidad y la heterogeneidad”. En: Mauricio Archila y otros. *Una historia inconclusa: Izquierdas políticas y sociales en Colombia*. Bogotá: Centro de Investigación y Educación Popular.
- SEMANA (19-26 de diciembre de 2011). “Revolución 2011”. No. 1546. pp. 100-101.
- SEMANA. *El video que el gobierno no quiere que veamos*. Publicado en la red: <http://www.semana.com/nacion/video-gobierno-no-quiere-veamos/172493-3.aspx> 21 de febrero de 2012. Consultado el 22 de febrero de 2012.
- SEMANA. *El verdadero efecto dominó*. Publicado en la red: <http://www.semana.com/mundo/verdadero-efecto-dominio/154409-3.aspx>. 2 abril de 2011. Consultado el 3 de abril de 2011.
- TILLY, Charles y WOOD, Lesley. *Los movimientos sociales 1768-2008: Desde sus orígenes a Facebook*. Barcelona: Crítica, 2010.
- TIME. *The protester*. Publicado en la red: <http://www.time.com/time/person-of-the-year/2011/> 14 de diciembre de 2011. Consultado el 16 de diciembre de 2011.
- ZERMEÑO, Sergio (1985). *México: Una democracia utópica, el movimiento estudiantil del 68*. México: Siglo XXI.

